



Y Jesús dijo...

EP. 27 – ¿TU LUZ BRILLA O ESTÁ ESCONDIDA?

En el episodio anterior vimos que, como ciudadanos del cielo, estamos llamados a influir en el mundo. Por eso Jesús describió a sus discípulos con dos poderosas metáforas: la sal de la tierra y la luz del mundo. Hoy continuaremos con la segunda metáfora, la cual nos revela que nuestra misión no es permanecer ocultos, sino reflejar la luz de Cristo para que quienes viven en las tinieblas puedan encontrar el camino que conduce a la vida eterna. Acompáñame con Tú Biblia al Evangelio de **Mateo 5: 14-16 en donde Jesús dijo: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbra vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”**

¿Te has preguntado por qué lo primero que hizo Dios, después de crear la tierra, fue decir: “Sea la luz”? Porque la luz era lo único que podía disipar las tinieblas que la cubrían. Ahora bien, cuando Jesús dice en **Mateo 5:14**: “Vosotros sois la luz del mundo”, no está afirmando que nosotros seamos la fuente de esa luz. La fuente siempre será Cristo. Por eso, **1 Juan 1:5** declara: “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él.” Asimismo, en **Juan 8:12**, Jesucristo afirmó: “Yo soy la luz del mundo.” Jesucristo es la luz verdadera, la fuente de toda luz espiritual y el Único que puede sacar al ser humano de las tinieblas del pecado. Nosotros simplemente reflejamos Su luz a través de una vida transformada por Él.

Podemos entenderlo con un ejemplo muy sencillo. La luna no tiene luz propia; lo que vemos brillar en ella es el reflejo de la luz del sol. De la misma manera, los creyentes no brillamos por nuestros propios méritos. Cuando vivimos en comunión con Cristo, Su luz se refleja en nuestra manera de pensar, de hablar y de actuar, para que quienes nos rodean puedan ver en nosotros el carácter y el amor de nuestro Salvador.

Sin embargo, nadie puede reflejar la luz de Cristo por sus propias fuerzas. Es el Señor quien, por medio de Su Espíritu Santo y de Su Palabra, va transformando nuestro carácter para hacernos cada vez más semejantes a Él. Cuanto más crecemos en santidad y comunión con Cristo, más claramente Su luz se refleja en nuestra vida.

¿Y cómo iluminamos al mundo? Lo hacemos con nuestro testimonio, con nuestras palabras, con nuestras obras y proclamando fielmente el Evangelio. De esta manera, quienes viven en las tinieblas pueden conocer a Jesucristo, y ser rescatados del dominio del pecado para disfrutar de la vida que solo Él puede dar.

Por eso, Jesús comienza esta enseñanza con una afirmación, no con una sugerencia: “Vosotros sois la luz del mundo.” No es un privilegio reservado para unos pocos creyentes, sino la identidad y la responsabilidad de todo aquel que ha nacido de nuevo y pertenece al Señor.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Para comprender mejor la segunda parte del versículo 14 me gustaría compartirles un recuerdo que tengo cuando tenía aproximadamente quince años; en esa época en mi país hubo un apagón generalizado durante varios meses, que nos dejaba sin electricidad en las noches. Recuerdo que en casa encendíamos velas y nos reuníamos alrededor de ellas para no permanecer completamente a oscuras. Esa experiencia me ayuda a entender mejor las palabras de Jesús. Basta una pequeña luz para romper las tinieblas. De la misma manera, Cristo nos ha llamado a iluminar el mundo que nos rodea.

Por eso Jesús continúa diciendo: **“Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.”** Así también debe ser la vida de un discípulo: visible, coherente y llena de la luz de Cristo. Jesús continúa diciendo en el versículo 15 que nuestra luz debe estar puesta sobre el candelero para alumbrar a todos los que están en casa, pero también a los que están en tú estudio, en tú trabajo y en el lugar donde Dios te ponga, no podemos guardarnos, escondernos, silenciarnos y quedarnos sin proclamar el Evangelio, por eso lo esparcimos como discípulos de Cristo que somos, por amor a las almas.

Las personas de manera natural, dirigen su atención hacia donde hay luz, por esta razón son muchos los ojos que están puestos sobre nosotros observando nuestra manera de vivir. Por eso, debemos examinar con seriedad nuestras obras, nuestras palabras, nuestras actitudes y la manera cómo nos relacionamos con los demás. El apóstol Juan nos advierte en **1 Juan 1:6**: “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad.” Esto es una exhortación para vivir de manera coherente con la fe que profesamos. No basta con decir que somos cristianos; nuestra vida debe evidenciar la obra transformadora que Dios está haciendo en nosotros.

Esto no significa que un creyente nunca peque, pues todos seguimos luchando contra nuestra naturaleza pecaminosa. Sin embargo, quien ha nacido de nuevo ya no vive cómodo en el pecado ni lo practica como un estilo de vida. Cuando falla, el Espíritu Santo lo redarguye, lo lleva al arrepentimiento y lo impulsa a volver a caminar en obediencia al Señor.

En el versículo 16 el Señor Jesucristo nos pide que nuestras buenas acciones brillen de la misma forma como lo hace la luz. ¿A qué se refiere estas palabras? Pensemos por un momento en las características de la luz. La luz no hace ruido, no busca llamar la atención sobre sí misma y, sin embargo, cumple su propósito: ilumina, guía y permite que otros encuentren el camino. Estas mismas características deben acompañarnos para que los demás vean lo que el Señor ha hecho en nosotros.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

No es que hagamos buenas obras para recibir reconocimiento, aplausos o prestigio, de ninguna manera, deben realizarse con humildad y sencillez, permitiendo que sea Dios quien reciba toda la gloria.

Recordemos que toda la gloria pertenece únicamente al Señor. Nosotros somos simplemente instrumentos en Sus manos, reflejando la luz de Cristo para que otros lleguen a conocerlo, crean en Él y rindan toda la honra y la alabanza que solo Él merece.

Querido oyente, acompáñame con fe en esta oración: “Señor, hoy nos acercamos a Ti con un corazón agradecido, reconociendo que tuviste misericordia de nosotros y nos trasladaste del reino de la oscuridad y de las tinieblas a tu luz admirable. Gracias porque no nos llamaste para vivir en silencio ni para escondernos, sino para anunciar Tu Evangelio. Señor Jesucristo, como instrumentos en tus manos, te rogamos que nuestra vida refleje tu luz, que nuestras palabras y acciones hablen de Ti, y que quienes aún no te conocen puedan ser alcanzados por tu amor, despertando en sus corazones el deseo de ser transformados por Ti. Que, al ver tu obra en nosotros, terminen glorificando y exaltando al Único digno de toda gloria y alabanza. Danos tanto el querer como el hacer, para que tu propósito se cumpla plenamente en nuestras vidas. A Ti, y solo a Ti, pertenece la gloria por los siglos. Amén”.

Hemos llegado al final de esta enseñanza, que el Padre Celestial te bendiga y bendiga a tu hermosa familia Apóyanos compartiendo este mensaje con los que el Señor ponga en tú corazón. Envíanos tus peticiones de oración a nuestra página web: www.yJesusdijo.com y suscríbete en nuestro canal de YouTube. Recuerda: ¡SI Dios está contigo ... es suficiente!

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**